

POLEMICA

MITOS TECNOMORFOS ACTUALES Y LA PROPAGANDA GREMIAL DE LOS SOCIOLOGOS

Una ideología profesional: la concepción "misionera" de las ciencias sociales

Enrique Pedro Haba

Resumen

Los científicos sociales se apoyan en populares mitos tecnomorfos con el fin de vender sus servicios profesionales. Tal fe les sirve para fundamentar la legitimidad y la posibilidad de su Misión. Por eso dan alas a la imaginaria de que ellos conocen unos eficaces Métodos positivos capaces de resultar todo lo "prácticos" que dicha visión tecnomorfa promete.

En el artículo anterior* se subrayó que, como los científicos sociales no están en condiciones de ser unos "maquinistas" de los acontecimientos colectivos, la dimensión "práctica" de lo político-social es muy poco accesible a la planificación científica (Debray, 1983) no reúne los requisitos básicos para poder ser objeto de realizaciones organizadas de acuerdo con una verdadera racionalidad instrumental.

Abstract

Social Scientists support themselves in popular technomorphic myths, in order to sell their professional services. Such faith enables them to justify the legitimacy and the feasibility of a professional Mission in accordance with these myths. They therefore encourage imagery that they know some effective Methods "practical" enough to achieve the social goals that the aforementioned technomorphic vision promises.

Lo social resulta inmune a cuanto no se pliegue a las irracionalidades que se imponen, por lo general, en las conductas individuales de sus protagonistas y en la gran mayoría de las relaciones entre estos. De ahí que las ciencias sociales no pueden, de hecho, hacer gran cosa al respecto: sus profesionales no están habilitados para cumplir, *en la práctica*, ninguna "misión" prometeica. En el presente artículo se hace ver que tal idea, lo del papel misionero para esos científicos, constituye la ideología gremial preferida de estos. Pues así, amparándose en esa tan popular como ingenua visión tecnomorfa de lo social, se aprovechan de ella en beneficio personal, al invocarla como certificado propio para lograr vender sus servicios profesionales.

* Este es el segundo de una serie de cuatro artículos donde se ofrecen algunas reflexiones sobre la auto-comprensión "misionera" de los científicos sociales; el que le precedió es Haba 1995b (se mencionara aquí como: CMI).

I. LA WELTANSCHAUUNG TECNOMORFA ACERCA DE LAS SOCIEDADES Y SU ABISMAL DESFASE RESPECTO A LA PRACTICA SOCIAL

Tanto las concepciones tecnocráticas como las revolucionarias sobre la "misión" del científico social responden a una *Weltanschauung* del tipo que Topitsch clasifica como maneras *tecnomorfas* de ver el mundo. Para lo que nos ocupa aquí, ella se refiere al mundo social terrenal. También existen visiones *tecnomorfas* respecto a otras esferas: cosmogonías *tecnomorfas*, concepciones *tecnomorfas* sobre la naturaleza individual de los seres humanos, etc¹. Estamos, en nuestro caso, frente a una ingenua visión prometeico-fabril en cuanto a las posibilidades de *construir* las relaciones sociales al modo de un artesano, o como un moderno ingeniero.

Tales concepciones, que como modelo básico de razonamiento provienen de muy antiguas mitologías, encuentran apoyo, psicológicamente, en una cándida analogía. Hoy más que nunca es fácil caer en ella, ante el éxito de las tecnologías basadas en ciencias de la naturaleza. Se piensa que, así como estas producen los más sensacionales artefactos materiales, es seguro que más o menos lo mismo, o en todo caso algo parecido, pueda hacerse con las instituciones humanas, para lo cual ha de bastar con valerse del conocimiento científico necesario. Y tal conocimiento se supone que lo poseen o pueden llegar a poseerlo las ciencias sociales².

Pero una manipulación semejante no ha existido nunca respecto a las instituciones humanas³, ni se ven perspectivas de que eso pueda llegar a efectuarse con los alcances que

se imaginan los confiados programadores sociales. La razón de tal imposibilidad es doble. Por un lado, el hecho, ya señalado, de que difícilmente se consiga que los actores sociales sigan en general conductas propiamente racionales. Por el otro, en virtud de esto mismo y también por la enorme cantidad de factores imprevisibles que intervienen en los fenómenos sociales, los desarrollos concretos de estos no responden a regularidades nomológicas de las que tengamos un conocimiento que nos permita determinarlos por adelantado en lo esencial. Como señala Sorokin:

"El conocimiento actual es lamentablemente inadecuado para la mayoría de las predicciones psicosociales y culturales. Debemos reconocer humildemente nuestra ignorancia, y o bien abstenernos de toda 'predicción científica' u ofrecerla como aviso de lo que realmente es: principalmente, una adivinación espolvoreada aquí y allá de 'pimienta científica'. [...] Cuanto más, permiten hacer predicciones aproximadamente precisas respecto a procesos o acontecimientos rutinarios, perogrullescos y que con frecuencia se repiten. Respecto a los procesos más complejos, irregulares, que se repiten raramente, sociales, culturales y personales, no son más útiles. Toda su utilidad positiva es la misma que nos proporciona el juicio realizado por el sentido común. Hasta ahora, nos hallamos muy lejos de la era de las predicciones realmente científicas"⁴.

Y Andreski nos recuerda que

"las más graves limitaciones para el poder predictivo de los modelos en la teo-

¹ Cf. Topitsch (1988): 144-164 y *passim*.

² Se trata, pues, de la "extrapolación" señalada por Debray (1983): 207 (cf., en los extractos de dicho libro efectuados al final del apartado II de CM I, la transcripción de ese pasaje).

³ Las manipulaciones por medio de la propaganda, etc. son otra cosa. Si bien se mira, ella no cambia en profundidad a los "cuerpos" sociales, sino que se limita a reforzar, cuando resulta eficaz, ciertas tendencias que ya están ahí. Véase también la nota 8, *infra*.

⁴ Sorokin (1964): 348. Cf., en dicha obra, el cap. XI: La predicibilidad y la teoría científica (sobre todo su apartado 2: esp. 345-348, con ejemplos variados). La conclusión del autor, respecto a dicha predicibilidad en las ciencias sociales, no puede ser más gráfica: "Yo, por ejemplo, no me sorprendería en absoluto si las predicciones del oráculo de Apolo contuvieran tan elevado tanto por ciento de predicciones correctas como las de los pronosticadores científicos contemporáneos; incluso más alto, quizá" (*ibíd.*: 348).

ría económica surgen de los movimientos irregulares (o la naturaleza estocástica, si se prefiere) de las variables, de su gran número y desdibujamiento de límites y sobre todo de la práctica de omitir factores no económicos que a menudo son cruciales... [Y máximamente absurdos son, por otro lado,] los modelos cibernéticos en la sociología y las ciencias políticas [pues ellos] se apoyan sobre analogías descabelladas entre la organización social y las máquinas [cf. Debray], donde las personas o sus funciones son equiparadas con partes de servomecanismos⁵.

Pues bien, como la Misión del científico social suele resultar –por las razones apuntadas– imposible de cumplir en la práctica, entonces no queda más remedio, si de aquella va a depender el prestigio de dichas ciencias, que vincular el discurso de estas al campo de las magias ancladas en la imaginación colectiva. Con tal finalidad hoy necesitan reclamar para sí el nombre de “ciencia”. Se hace difícil resistir a la tentación de hacerlo así, sobre todo por tratarse de mitos que comparten también los empresarios y las autoridades estatales.

No es extraño, por ello, que al discurso profesional de las ciencias sociales le convenga presentarse como equivalente a “una forma de brujería” (Andreski). Para eso, el “técnico” de ellas se vale, como hechizo, del anestesiante efecto que despierta en los oyentes la palabra “ciencia”. Etiqueta a la que sirve de apoyo, además, el esoterismo que tienen buena parte de los recursos terminológicos que pone a disposición la jerga profesional. Esta permite persuadir a los demás –sobre todo porque no la entienden– de que son esos “técnicos” los capaces de manejar eficazmente tal jerga, para que al conjunto de dichos ritos amanezcan los efectos mágicos que de esa profesión se espera⁶.

El sociólogo, consagrado a su labor misionera, aparece en condiciones, así, de presentar en el mercado semejante oferta. Pues si bien, en la práctica, ni él ni nadie puede realizar lo que se espera, ofrecerá sus servicios con la tranquilidad de poder invocar los manes de la Ciencia como garantía de “seriedad” para los Informes con que legitima la existencia (y los sueldos) de unos organismos burocráticos y las reuniones internacionales de expertos. Bueno, ¿pero qué pasa luego, ante los resultados prácticos? No menos que los dioses, él siempre podrá decir que la culpa no es suya, porque ahí hubo quienes no tuvieron bastante fe como para seguir debidamente sus recomendaciones. O bien, mejor aún, se autogalardonará con toda clase de “éxitos” en el papel, donde cualquier abracadabra es posible, sobre todo en cuanto a *demonstrar* los “progresos”, así obtenidos, mediante unos juegos de estadísticas⁷.

Por otro lado, en todo eso también juega un vicio de pensamiento muy corriente en el científico social. Se le puede llamar la tendencia al *intelectualismo*, esto es: imaginarse que la gente común piensa, o pueda llegar a pensar, de acuerdo con unos moldes de razonamiento similares a los de quienes cultivan la disciplina científico-social, o la clase de reflexiones filosóficas, que tienen por costumbre llevar a cabo él mismo y sus colegas. Termina por mudarse a una galaxia propia, sea de ins-

–La metodología como escondite– y 10 –La cuantificación como camuflaje–. Véase también las agudas observaciones de Frank (1949: esp. caps. VII-X de la Primera Parte y págs. 197-199), quien se refiere al asunto bajo la rúbrica de “magia verbal” (*Word-magic*: cf. en el Index, p. 404, dicha rúbrica), “infantilismo” (*Childish Thought-Ways*: cf. Index, p. 400), etc. *Vid.* además Haba 1986 (esp. su apartado IV) o Haba 1996 (sección II.4 del Anexo Uno).

5 Andreski (1973): 213-214; cf. también CM I, al final de su apartado II, otros pasajes del mismo autor.

6 Sobre el palabrerío “científico” en discursos de las ciencias sociales, cf. Sorokin (1964: caps. II –Jerga obtusa y “argot” fingidamente científico–: VII –Quantofrenia– y *passim*) y Andreski (1973: esp. caps. 6 –La cortina de humo de la jeringonza–, 9

7 “En gran medida, todo se reduce al juego de suplanter a Dios por parte de psicólogos, sociólogos...” (Andreski 1973: 28). Véase también supra, notas 1 y 4, y además Frank (1970: Apéndice III). “En este país, dice un escritor, somos muy aficionados a los números: por eso se ahogó un hombre en un arroyo que tenía sesenta centímetros de profundidad... como término medio”. ¿Ven ustedes todo el alcance de este chiste de buena ley? Era un ‘cociente’...” (Vaz Ferreira 1963: 85).

piración esencialmente tecnocrática (teorías de sistemas, etc.) o metafísica (Rawls, Habermas, etc.). Huye de la realidad mediante el recurso de refugiarse, por sobre toda otra cosa, en el acogedor seno de unas costumbres discursivas que son de recibo en su propio medio:

"en tanto que intelectual, el sociólogo pertenece a un grupo que llega a admitir como natural los intereses, los esquemas de pensamiento, las problemáticas, en síntesis, todo el sistema de supuestos que está ligado a la [su] clase intelectual como grupo de referencia privilegiado" (Bourdieu/Chamboredon/Passeron 1975: 105).

Las distintas fuentes de ideas sociales que he ido señalando (los mitos corrientes y los específicamente ideológico-profesionales) no hacen sino reforzarse las unas a las otras para dar como resultado, de manera poco menos que natural, la creencia a pie juntillas de que existe una Misión que el sociólogo —solo él, o en todo caso, nadie mejor que él— está llamado a cumplir por excelencia.

Ahora bien, no pretendo afirmar que en ninguna esfera y para ningún tipo de asuntos las ciencias sociales puedan lograr que sus saberes ejerzan *alguna* influencia sobre la marcha de las cosas. Hay circunstancias en que el consejo de un científico social tiene posibilidades de ser seguido, por lo menos en cierta medida, e influir sobre los resultados prácticos. Por ejemplo, es notorio que la propaganda electoral se hace con el asesoramiento de psicólogos sociales y politólogos, cuyo consejo profesional puede ciertamente servir para manipular —pero sólo hasta cierto punto!— la mentalidad de los electores⁸. O bien, cuando el Banco Central toma unas medidas en materia monetaria, no es indiferente que estas ha-

yan sido delineadas por un profesional en ciencias económicas, no simplemente cualquiera de los encuestados para el espacio televisivo "El pueblo opina"⁹; medidas que repercutirán, según sean unas u otras, de distinta manera en la vida de muchas personas (nivel de inflación, beneficios o perjuicios para tales o cuales sectores de la producción o del co-

todo lo más "vendible" que se pudiera. No se ve, por lo demás, para qué otra cosa —en un plano realista (CMI: notas 12 y 13)— podría haberse solicitado allí la colaboración de un científico social. [En el periódico *La Nación*, fecha 22.11.93, p. 5A, se describe de la siguiente manera el trabajo que tuvieron a su cargo dichos profesionales: Prof. A / "Politólogo. Es un analista de encuestas, y controla todos los mensajes que emite el ..." (ahí se indica el nombre del partido); Prof. B / "politóloga y jefa del equipo de imagen. Dice la última palabra sobre cuál anuncio sale y cuál no". De otro politólogo que participó en esa campaña dijo el periódico *La República*: "es el encargado de administrar la agenda del candidato presidencial...".

9

"... mientras que una desaparición repentina de todos los psicólogos, sociólogos y científicos políticos no acarrearía consecuencias alarmantes, una desaparición similar de todos los economistas seguramente volvería la administración de los asuntos económicos más deficiente de lo que ya es" (Andreski 1973: 174). "[L]os estudios políticos y sociales han abierto las puertas de las dehesas académicas a un gran número de aspirantes al título de científicos que podrían haber resultado ciudadanos perfectamente útiles como encargados de una oficina de correos o asistentes sociales de hospital, pero que han sucumbido a la charlatanería al enfrentarse con una materia que excedía totalmente a sus facultades mentales. En economía esto ocurre en menor medida, ya que sus exigencias matemáticas disuaden o excluyen a una buena proporción de la población, de modo que, a pesar de sus horizontes limitados, incluso sus cultivadores más mediocres pueden resultar de alguna utilidad como contables" (*ibid.*: 248). No obstante, también ahí "una infatuación con los números y las fórmulas puede conducir a la irrelevancia empírica y a simulacros fraudulentos de pericia. Las manifestaciones más perniciosas de esta tendencia mencionada en último término (favorecida por la proclividad natural de la profesión a enaltecer su mercancía) han sido las pretensiones de numerosos economistas de actuar como árbitros en cuestiones de planeamiento, sobre el supuesto (cuya eficacia depende más de estar tácticamente formulado que explícitamente reconocido) de que los factores mensurables deben servir como base para la decisión. En realidad no hay razón alguna para suponer que la posibilidad de medición guarde correspondencia con el criterio de una mayor importancia..." (*ibid.*: 174).

8

En la reciente campaña electoral (1993-1994) de Costa Rica, cada uno de los dos principales partidos políticos confió un papel de primer rango, a algún profesor(a) de la Escuela de Ciencias Políticas. Como es natural, estos destacados académicos no se ocuparon de hacer que el "mensaje" de su partido consiguiera precisamente transmitir a los electores una conciencia más o menos científica acerca de las cuestiones sociales consideradas, sino que se consagraron a trabajar la "imagen" del respectivo candidato a la presidencia, para hacerla

mercio, etc.). Tampoco, para mencionar aún otros ejemplos, deja de tener sus efectos prácticos que los servicios de una institución logren ser organizados en forma más o menos racional (Ciencias de la Administración) o que la enseñanza pública se lleve a cabo con base en unas u otras ideas pedagógicas¹⁰, etc., etc....

No desconozco, pues, que el pensamiento científico puede tener influencias como esas. Pero he dicho que ello concierne, al fin de cuentas, a aspectos que son "secundarios" frente a los principales dinamismos que hacen la vida social. No faltará quien objete tal calificación. La palabra que estoy usando ("secundarios") es lo de menos, por supuesto; tal vez se podría hallar alguna mejor. Sea como sea, a lo que me refiero, cuando cuestiono las mitologías en torno a la "misión" de las ciencias sociales, no es a cosas como los ejemplos mencionados, llámesele o no cuestiones "secundarias", sino a proyectos más ambiciosos, esto es: la idea de que la *mayor* parte de las conductas sociales puedan ser encarriladas de acuerdo con los deseos transformados en *planes* por parte de dichos científicos.

Lo que impugno son las pretensiones, que los sociólogos por lo menos insinúan, de poder corregir *en lo fundamental* las grandes irrationalidades que de cabo a rabo atraviesan, de base a superficie, toda organización social en su conjunto y también a cada una de sus instituciones en particular: tremendas desigualdades económicas y de estatus entre las personas, distribución de las ventajas y desventajas en función sobre todo del azar o de las "public relations" (¡también en la vida académica!), privilegios y "serruchadas de piso" de toda especie a pesar de las reglamentaciones formales, agudas oposiciones de intereses que de hecho son resueltas por "paralelogramos de fuerzas" (no en virtud de méritos intelectuales, éticos, etc. —más bien el ejercicio de tales méritos suele representar una desventaja para esas competencias—), inescrupulosidades

de todo tipo, crímenes legalizados bajo la forma de Razón de Estado o de guerras patrióticas, etcétera. Enrique Santos Discépolo lo formuló, de manera insuperable, en su famoso tango:

"Que el mundo fue y será una porquería ya lo sé.

*En el quinientos seis
y en el dos mil también..."*

(Cambalache, 1935)

Nada de eso se va a arreglar por lo que propongan unos científicos sociales. Y menos que menos, por supuesto, invitando a los interesados —¡se morirían de la risa!— a asumir una "posición original" (Rawls) o "pasar al discurso" (Habermas), etcétera¹¹. La realidad social no es realización del plan de nadie, sino que la produce el *maremágnum* de los intereses y pasiones que mueven a sus innumerables protagonistas, en el marco de las mitologías sociales en que ellos creen. Y así es inclusive para muchísimas cosas que están, podría decirse, entre las "secundarias"...

Dicho de manera algo más pretenciosa, las cosas pasan de esa manera —¡no al gusto de los sociólogos, politólogos, economistas, etc.!— porque los problemas de la convivencia humana son, por su propia naturaleza, de tipo *perenne*. En efecto:

"todos los grupos humanos responden a ciertas situaciones comunes: el hecho de la muerte, el carácter de la tragedia, la naturaleza del amor, la definición del valor [*i.e.* las múltiples y variables *creencias* de valor que muevan a unos u otros grupos de individuos], la idea de recipro-

11 En Haba 1993b, y complementariamente en Haba 1996 (Tema 1-Apéndice B), he presentado algunas observaciones críticas sobre las posiciones "racionalistas" en la Teoría del Derecho. Ellas son aplicables también, *mutatis mutandis*, a escapismos como los de dichos autores y, en general, a las variadas teorías sociológicas (de sistemas, de los juegos, etc.) que se imaginan que los entramados sociales obedecen en esencia —sea consciente o estructuralmente— a la actuación de unos "decididores racionales" (Muguerza), o algo por el estilo. [Sobre eso volveré en el último artículo de esta serie.]

10 Sobre lo de las ideas pedagógicas, en cuanto a la lamentable influencia de lo que he llamado "la fantasía curricular" en la Universidad de Costa Rica, cf. mis tres estudios al respecto: Haba 1986, Haba 1993a y Haba 1994b; recogidos, con modificaciones, en Haba 1996 (su Anexo Uno).

ciudad, etc. [Y este es un "etc." muy largo: comprende nada menos que todas las pasiones e irracionalidades antes mencionadas, que inevitablemente afectan a los "cuerpos" (Debray) en que se realiza la vida social.] Las *respuesta* que dan es la historia de la cultura humana [incluida la *práctica* de las instituciones sociales], en toda su variedad, pero en la comprensión esencial [y sobre todo en la práctica!] de la vida las cuestiones se repiten y SON SIEMPRE LAS MISMAS" (Bell 1984: 127-128 -versalitas mías, E.P.H.-).

Muchos piensan que no es tan así. Dirán que, por el contrario, lo evidente es que las relaciones sociales no "son siempre las mismas". ¿Quién podría sostener, por ejemplo, que la manera en que vive y los problemas que hoy siente un ciudadano común de clase media son iguales a las preocupaciones que podía tener un siervo de la gleba en el medioevo europeo? Todo depende, respondo, del alcance que se le dé ahí a la expresión "las mismas". Pero basta con efectuar, para nuestro tema, la observación siguiente: por más que admitamos que en muchos respectos, todo lo importantes que se quiera, la vida de esos ciudadanos es muy distinta de la de aquellos hombres de la Edad Media, lo cierto es que los cambios sociales producidos de entonces a acá NO SON LA CONSECUENCIA DE UNOS CONSEJOS PROPORCIONADOS POR CIENTIFICOS SOCIALES, sino el producto, justamente, de un cúmulo de OTROS factores (ideologías y tecnología derivada de ciencias de la naturaleza, entre ellos).

Una ciencia social puede, a veces, proporcionar algunas indicaciones que resultan útiles para encarrilar ciertos aspectos secundarios, o como quiera llamárseles, de lo que se hace en organizaciones de lo colectivo. Siempre y cuando, eso sí, tales indicaciones no afecten a la "vida" misma de esos "cuerpos" [cf. CM I: # II]. Vale decir, mientras no se trate de poner en jaque las irracionalidades *propias* de esos hombres de carne y hueso. Tampoco niego que aun las conductas institucionales básicas de estos puedan llegar a experimentar cambios, eventualmente, pero sin perjuicio de mantenerse, siempre, dentro de las condiciones "perennes". Por lo demás,

cuando tales cambios se dan, no se deben al consejo, y mucho menos a los preceptos, de unos sociólogos, sino que ocurre en virtud de azares resultantes de muchos otros factores: aquellos, precisamente, que NO son capaces de *dominar* ("manipular") dichas ciencias.

II. LAS DOS GRANDES ORIENTACIONES METODOLOGICAS Y LA OPCION ("FE" EN EL METODO) DE LA CONCEPCION MISIONERA COMO IDEOLOGIA PROFESIONAL

Una vez que el científico social acepta, como ideología básica, la concepción tecnomorfa de la sociedad y, como consecuencia, la idea de que él está moralmente obligado a ser "útil", entonces se ve llevado como de la mano a dar por buena más de una implicación de tal ideología. Sobre todo, se hace sensible a un dictado especialmente seductor del *wishful thinking*¹²: presuponer que para cualquier asunto habrá algún "método" eficaz que permita superar los inconvenientes; por tanto, que los científicos pueden brindar tales soluciones también en cuanto a las cuestiones sociales. Las ciencias estarían ahí para proporcionar el personal indicado, los especialistas que saben cuáles son los métodos salvíferos y cómo aplicarlos a resolver toda dificultad.

Quienes contratan los servicios de un sociólogo, un politólogo, un experto curricular, etc., confían en que él sabrá cumplir con esa su misión profesional. La gente piensa así porque se imagina, justamente, que tales métodos

12 Sobre el *wishful thinking*, cf. Frank 1949; véase dicha rúbrica en el Index (p. 404) de ese libro. Vid. también Haba 1986 (esp. el apartado IV) y Haba 1996 (§ 17.1). Ya el "utopista" Platón había advertido, en lo esencial, el punto: "...deja que me regocije con un festín como el que las personas de espíritu ocioso suelen ofrecerse cuando pasean a solas. Esa clase de personas descuida averiguar por qué medios lograría su deseo, para ahorrarse el esfuerzo de pensar en si será posible o no; lo dan por obtenido y a continuación disponen lo demás a su agrado, complaciéndose en enumerar todo lo que harán cuando su deseo se realice, y de tal modo aumentan la natural indolencia de sus almas. Por el momento, deja que como ellos me abandone a la pereza..." (1963: 458a, p. 296).

existen, que basta con conocerlos y ponerlos en acción. Todo está en usar las fórmulas científicas –un egresado de la Facultad de Ciencias Sociales sabrá indicarnos cuáles son y hasta enseñarnos a manejarlas– mediante las que, como en la magia, el barro (una situación que produce inconformidad) es transformable en oro (los hombres serán llevados a conducirse como angelitos).

Ahí nos encontramos con el punto señalado al principio [CM I: # II], la cuestión metodológica. En otros sitios (Haba 1994a y Haba 1996) señalé que existen dos orientaciones fundamentales respecto al funcionamiento y al alcance práctico de los métodos de las ciencias sociales. Las denominé, respectivamente: positivo-estandarizante y negativo-heurística.

La primera es la más popular, por su tendencia a mitificar las posibilidades de los métodos. Por eso mismo, es también la que mejor permite darle credibilidad al papel misionero de los científicos sociales. *Método* es, en tal sentido, un conjunto de reglas de procedimiento que brindan una fórmula estándar capaz de asegurar que, cuando las reglas en cuestión son aplicadas al pie de la letra, se obtendrán con toda seguridad, o a lo menos con muy alto grado de probabilidad, determinados resultados previsibles. El ideal de dicha concepción es que el método sea entendido y pueda funcionar como un algoritmo, o en la forma más parecida posible a estos, para que se logre alcanzar como “en serie” los resultados apetecidos¹³.

La concepción negativo-heurística, en cambio, reconoce abiertamente que no se suele disponer de *tales* métodos para solucionar las cuestiones examinadas por las ciencias de lo humano. O sea, que estas no cuentan, por lo general, con “recetas” para resolver positivamente los problemas que surgen en la vida colectiva, sino que solo están en condi-

ciones de proporcionar algunas indicaciones, muy elásticas por lo demás, para *entenderlos* hasta cierto punto y poder prevenir algunos errores¹⁴.

Es obvio que una posición tan moderada como esta última no “cuaja” muy bien con la vocación misionera de los científicos sociales. En su gran mayoría, estos prefieren presentarse, por lo menos implícitamente, como si tuvieran a mano, de alguna manera, métodos de naturaleza positivo-estandarizada para resolver los problemas prácticos que se acepte someter a las investigaciones que ellos realizan.

“Decía Leo Strauss de la ‘nueva’ ciencia política, en conclusión, que ‘está tocando la lira, mientras Roma arde’. [...] Más, a propósito del atenuante que irónicamente agregaba Strauss, ‘La excusan dos hechos dos hechos: no sabe que está tocando la lira y no sabe que Roma arde’, bien pudo todavía puntualizarse que ella no sabe lo del incendio, precisamente *porque* su inteligencia está absorta con el instrumento, y muchas veces tanto que parece alineada en él” (Strasser 1977: 172).

“El énfasis excesivo sobre la metodología y las técnicas [metodologismo], como también el elogio de las fórmulas y los términos de aspecto científico [*supra* nota 6], ejemplifican la tendencia común (manifiesta también en fenómenos tan diversos como la tacañería y las actividades propias de un cuartel) a desplazar el valor del fin hacia los medios: algo originariamente valorado sólo como medio para alcanzar un fin, llega a ser valorado por sí mismo, con olvido del fin original. Un sociólogo o un psicólogo obsesionado con los sistemas, la jeringonza y las técnicas se pare-

¹³ Cf. Haba 1990 (esp. los apartados II a X) y Haba 1994a (véase esp. la definición de método que allí se presenta en la nota 4); en Haba 1995c, v. §§ 6 y 8.

¹⁴ Sobre las dos concepciones arriba indicadas, cf. Haba 1994a (esp. apartados III y IV) y Haba 1996 (esp. Tema 1: sec. I y § 11). La tesis central de dichos trabajos coincide con la siguiente observación de Andreski: “En su esencia, la metodología es profiláctica. Del mismo modo en que la higiene puede ayudarnos a evitar algunos contagios, pero resulta impotente para garantizar la salud, la metodología puede prevenirnos contra ciertos peligros, pero no nos ayudará a concebir nuevas ideas” (1973: 133); así como tampoco sirve para tener a mano unas soluciones algorítmicas frente a los principales problemas prácticos de que se ocupa la investigación social (*ibid.*: 140).

ce a un carpintero tan ocupado en mantener limpias sus herramientas que carece de tiempo para trabajar. Estas tendencias están reforzadas por la sensación de desvalimiento frente a la complejidad no manipulable de los fenómenos sociales y el temor de ocuparse de temas peligrosos, presentes en todo el ámbito de las ciencias sociales. Como resultado, se olvida que el más esencial de los métodos de investigación es el pensamiento libre de prejuicios" (Andreski 1973: 134).

"Algunos años antes de la primera guerra mundial, un periódico de París interrogó a algunas de las figuras francesas más prominentes en las distintas ramas de lo que ahora llamaríamos ciencias sociales [...] acerca de cuál consideraban como el método más esencial en su disciplina. Mientras otros interrogados enviaron disquisiciones metodológicas eruditas, George Soral respondió con una palabra: honestidad. Esta respuesta lapidaria no ha perdido nada de su pertinencia..." (*ibid.*: 282).

"[A] pesar de la ingenuidad de sus recetas, los exponentes de los métodos cuantitativos de investigación social excesivamente refinados me recuerdan las viejas películas de Laurel y Hardy o Charles Chaplin, donde uno veía a los boxeadores ensayar sus músculos, hacer enérgicas flexiones de rodillas, poner caras siniestras y gestos amenazadores y agitar luego sus brazos en el aire sin llegar nunca a dar un golpe. La prueba del pastel, después de todo, consiste en comerlo; y los rigoristas del método se comportan como cocineros que nos mostraran hornallas brillantes, batidoras y otros utensilios y no preparan nunca nada digno de ser servido en la mesa" (*ibid.*: 140). Ya lo advirtió Henri Poincaré hace muchísimos años: "¿Cómo es eso? ¡Hace diez años que tenéis alas y todavía no habéis volado!" (cit. en Sorokin 1964: 17). O como decía Hermann Lotze: "el ponerse permanentemente a afilar los cuchillos es cosa aburrida cuando no hay el propósito de cortar nada" (cit. en Haba 1990: Epílogo, notas a y d). Pero, eso sí, "[l]a ventaja principal de la aplicación mecánica de técnicas rutinarias estriba en que permite una producción masiva de material impreso sin demasiado esfuerzo mental" (Andreski 1973: 134);

Recuérdese lo señalado en el primero de los dos pasajes de Sorokin citados al comienzo de CM I: a la altura de la nota 3. Véase Andreski (1973): cap. 9 (La metodología como escondite). *Vid.* también Frank (1949): cap. XI de la Primera Parte y sobre todo el Apén-

dice III (*Science and Certainty: An Unscientific Conception of Science*). Sobre el metodologismo, cf. además Haba 1994a (esp. los apartados III y IV) y Haba 1996 (esp. § 3).]

De la *fe* en la Misión sociológica a la *fe* en la eficacia del Método científico en manos de sus profesionales, no hay más que un paso, y viceversa. El Método como garantía, o mejor dicho como marca de fábrica, pasa a acreditar que tal Misión es posible, ante ojos que de antemano han sido ganados para ilusiones tecnomorfas. Lo que las personas en general piensan sobre eso, lo del método como panacea salvífera, reforzado por el apoyo que a esta candidez le presta buena parte de la teoría misma dominante en las ciencias sociales (marxismos, teorías de sistemas y funcionalismo, teoría de los juegos, etc.), le viene como anillo al dedo al sociólogo para que sean solicitados sus servicios profesionales.

Se comprende por qué no hay muchos sociólogos dispuestos a renegar de toda forma de brujería, sea "dialéctica" o "positivista" (por ejemplo). Difícilmente sacrificarán la posibilidad de cobijarse bajo el pretexto de alguna Misión. Pocos querrán reconocer paladinamente que sus esfuerzos los dedican a hacer *ciencia social sin más*, pues la tesis de la Misión constituye nada menos que la ideología profesional para promocionar la oferta de servicios de su gremio. Si bien ello responde a prenociencias muy ilusas respecto a las posibilidades prácticas de esas ciencias, hay poderosos motivos *existenciales* —narcisismo, conveniencia económica, legitimación de estatus, etc.— para que los protagonistas de carne y hueso de dichas actividades científicas no renuncien a ampararse en tal ideología. Y tienden a apoyarla mediante la asunción acrítica de unas esperanzas orientadas, por lo menos implícitamente, a presuponer que ellos puedan basar sus intervenciones en alguna tranquilizadora metodología positivo-estandarizante. La desmitologización de las profesiones sociológicas necesitaría pasar también por una llamada a la realidad acerca, antes que nada, de esas ilusiones en el plano metodológico.

Nos encontramos con dos grandes tipos de posiciones (A.a y B.b). Por un lado: A. pretensión misionera + a. metodología positivo-estandarizante; posición tecnocrática. Por el otro:

B. discurso meramente teórico + b. metodología negativo-heurística; posición esencialmente "crítica", una "cacería de mitos" (Elias).

Es cierto que no siempre la alternativa aparece presentada en forma tan neta. Las combinaciones pueden llegar a darse también de otros modos: *A.b* (p. ej. Habermas) o *B.a* (p. ej. Luhmann?). En el primero de estos dos últimos casos, que es el más fácil de ejemplificar, están aquellos autores que, aun creyendo a pie juntillas en -y hasta pretenden abogar, ellos mismos, por- lo de la misión social, acaso no comparten los ideales tecnocráticos, prefieren orientarse más bien hacia ideologías revolucionarias o buscar medios pacíficos para que la sociedad consiga llegar a un estadio de presunta desalienación (o algo parecido).

No obstante, aunque también estas otras combinaciones son posibles en la teoría, y se dan en algunos autores, ellas no representan -por más que esos autores sean muy invocados en la literatura académica- la tendencia más común en la propaganda que de su profesión hacen los científicos sociales. O bien, lo que tampoco es raro, el discurso de estos no es consistente, puede variar en tal sentido según los auditorios (no se dice lo mismo en una revista especializada que en una comparecencia pública). Inclusive si proclama que su Misión es "crítica", a la vez el sociólogo pretende ofrecer sus servicios para que resulten "útiles" ya, en el presente mismo, aunque eso no está lejos de constituir algo así como una *contradictio in adjecto*.

Sea como sea, lo cierto es que la tendencia claramente dominante en el discurso público de los científicos sociales es la ideología profesional *A.a*. Del mito tecnomorfo que presenta a la Ciencia como un curallotodo, y por lo general presuponiendo la eficacia de Métodos concebidos a la manera positivo-estandarizada, los operadores de los respectivos discursos científicos sacan -unos más, otros menos- sensibles beneficios personales¹⁵. Y el científico

co social no es una excepción en eso. Solo que los resultados prácticos de sus operaciones son mucho menos eficaces que parte de los obtenidos en otras disciplinas¹⁶.

Para elaborar el contenido de cualquier rama de las ciencias sociales es determinante la posición que cada uno de sus cultores toma, así sea implícitamente, ante la alternativa metodológica señalada. En relación con ello adoptarán posición asimismo respecto al asunto del papel práctico, la Misión que están -supuestamente- llamados a desempeñar. Vale decir: cada uno decide si el discurso que se propone llevar a cabo lo concibe bajo el modelo de la "razón instrumental", orientado hacia un ensoñador racionalismo utilitarista; o si, por el contrario, prefiere tomar el camino de la "razón crítica", orientarse en lo fundamental hacia la "cacería de mitos" (Elias) que conforman la base de las "construcciones" (Berger/Luckmann) de la realidad social, anidadas en la imaginaria con que los protagonistas corrientes de esta se guían en su conducta cotidiana.

Las orientaciones tecnologizantes, que por lo general se asientan en autocomprensiones misioneras, tratarán de hallar, para asegurar la realización de tales objetivos, los tecnocráticos, unos métodos que respondan a formas "recetarias", y si es posible computarizadas. Las orientaciones verdaderamente críticas, en cambio, no se van a preocupar fundamentalmente de conseguir manejar métodos de ese tipo. Mas tampoco tienen por qué descartarlos del todo: también ellas pueden controlar

¹⁵ Cf. Feyerabend 1982: esp. la Segunda Parte. "En la historia de las ciencias sociales [...] hallamos también un factor cuya importancia aumenta con el avance de la profesionalización: a saber, el deseo de suministrar tareas fácilmente realizables a los miembros de la profesión" (Andreski 1973: 114).

¹⁶ "Si un puente ha sido incompetentemente diseñado, ningún tipo de charla o gesticulación persuasivas podrá impedir que el puente se desmorone, del mismo modo que el juego con elementos químicos conducirá pronto a una explosión fatal. En contraste, nada puede explotar o desmoronarse inmediatamente como resultado de la inanidad de un economista o un politólogo, a la vez que el perjuicio causado por su ignorancia o deshonestidad puede no materializarse hasta años después, y en todo caso siempre será discutible y difícil cargar la culpa sobre un hombre particular" (Andreski 1973: 247).

metódicamente unas tesis tuyas que comportan generalizaciones empíricas, mediante el uso de procedimientos de encuesta, estadísticas, tests, etc.¹⁷.

Los sociólogos críticos, para ser verdaderamente tales, tienen que reconocer que la sociedad es básicamente *irracional*. Por eso, dirigen su atención sobre todo al desenmascaramiento de ideologías y en general de mitologías ("construcciones") sociales, para lo cual recurren al examen de relaciones de poder (económico, social, político, etc.), análisis de lenguaje (pero no los de la semiótica formalista), etc. Difícilmente serán ahí de utilidad decisiva, por lo menos en cuanto a detectar y hacer plausibles sus hallazgos críticos esenciales, unos procedimientos estándar, salvo a título de apoyo secundario, sino que tendrán que recurrir básicamente a criterios heurístico-negativos.

No es imposible que de vez en cuando unos saberes de las ciencias sociales logren, en alguna medida, contribuir efectivamente a guiar —si los respectivos protagonistas sociales aceptan dejarse influir por tales saberes— las conductas dirigidas a alcanzar ciertos objetivos que persigan realmente los miembros de un grupo (y lo más probable es que esos no sean sino los fines propios de un *subgrupo* dentro del grupo invocado). Ello puede darse, en efecto, y no solo para intervenciones tecnocráticas, sino inclusive, aunque sea excepcionalmente, pueden resultar ahí aprovechables ciertos saberes "críticos". Nada de lo aquí dicho ha de interpretarse en el sentido de que, cuando tal posibilidad es real, el científico social no debería, supuesto que los objetivos en cuestión sean éticamente aceptables, brindar la colaboración que sus conocimientos puedan aportar para tales efectos. Lo que el sociólogo de inspiración esencialmente tecnomorfa ignora, o calla, es que, atento al carácter básicamente extra-racional de las relaciones humanas, dicha posibilidad no se da mucho. Y, cuando se da, por lo general atañe a renglo-

nes que no consiguen ser decisivos para hacer que lo dominante sean las tendencias racionales en las personas. Que la gran mayoría de los científicos sociales pase por encima de una verdad tan elemental, no significa sino otro testimonio más de lo incommovible que es esta misma.

III. LAS CIENCIAS SOCIALES SON POCO "PRACTICAS": CONSTITUYEN, POR LO GENERAL, UN QUEHACER SIMPLEMENTE TEORETICO

El científico social debería estar dispuesto a reconocer, si no prefiriera engañarse a sí mismo (o a los demás), que estas ciencias no proporcionan "salvaciones" colectivas, ni grandes ni pequeñas¹⁸. En el mejor de los casos, pueden favorecer unas "salvaciones" estrictamente individuales; pues tales saberes ofrecen ciertos conocimientos que, a quien logre adquirirlos y además esté dispuesto a tomarlos en cuenta para su vida personal, tal vez le ayuden a que ciertas cuestiones de su *propia* vida logre resolverlas más de acuerdo con su *propia* conveniencia o ideales (aunque los demás sigan llevando la vida como sea, con los objetivos y las conductas habituales). Por ejemplo, aquel puede así evitar ser tan seducido, en su pensamiento y sus acciones, por los dictados de la opinión pública. También sabrá mejor a qué atenerse respecto a unas consecuencias que sobre él mismo puedan repercutir en tales o cuales coyunturas sociales; con lo cual tal vez consiga esquivar, hasta donde se pueda, algunas de las consecuencias desfavorables capaces de recaer sobre su persona si deja de hacer, o por lo menos de decir, ciertas cosas que le pide la "gente"... ¡o sus colegas!. Y sobre todo, de su profesión extrae el científico

17 Pero *vid.* las demoledoras críticas de Sorokin (1964: esp. caps. IV a VIII) sobre empleos falaciosos de esos procedimientos. Cf. también Andreski (1973: esp. caps. 9 y 10).

18 "La comprensión sociológica conduce a un grado considerable de desilusión. El hombre desilusionado constituye un peligro muy escaso tanto para los movimientos conservadores como para los revolucionarios; para los segundos, porque no posee la cantidad requerida de fe en las ideologías del *statu quo*; para los primeros, porque se mostrará escéptico respecto a los mitos utópicos que invariablemente constituyen el alimento de los revolucionarios" (Berger 1967: 225-226).

social beneficios —para él mismo— de tipo económico y de estatus (académico, político, etc.).

Fuera de poder producir tales beneficios, a sus propios cultores, las distintas ciencias sociales son como cualquier otro estudio sobre lo humano: su finalidad, de hecho, son *ellas mismas*. Responden al anhelo humano —mejor dicho, al de *ciertos* grupos de personas, que no son otras que los propios científicos de la respectiva rama y su auditorio— de CONOCER, sin más. Contribuyen, simplemente, al reino de la CULTURA, en la esfera de lo intelectual; y también, claro está, sirven para legitimar los cargos de los operadores profesionales de esos discursos. Ni más ni menos que las artes, y que tantas otras disciplinas científicas: historiografía, paleontología, filología, etc., de las que nadie espera que estén ahí para arreglar el mundo, que ellas necesiten ser “útiles”...¹⁹

Las ciencias sociales pertenecen, como ocurre en toda ciencia básicamente, y en muchas lo es exclusivamente, al tipo de comportamiento humano que conforma el género de las actividades de naturaleza TEORÉTICA. Es cierto que una parte de estas actividades, sobre todo entre las ciencias de la naturaleza (pero ni siquiera es el caso de todas ellas), han conseguido tener también, *además* de consistir en lo meramente teórico, ciertas aplicaciones prácticas, y algunas de esas ciencias llegan a tener hondas repercusiones en la vida común de la gente. Otras actividades científicas, en cambio, no generan tales consecuencias, o las tienen en grado mucho más reducido y menos generalizadamente. Piénsese, por ejemplo, en la astronomía: solo una pequeña parte de sus conocimientos pueden ser “útiles”, y esto último desde hace sólo muy poco tiempo. En disciplinas como esas, la finalidad de sus discursos se agota en el conocimiento de estos mismos. Ahí se trata, simplemente, de un placer que sus propios cultores, y algún círculo de oyentes (reales o potenciales), extraen de estar al tanto sobre lo que se pueda saber acerca de los temas tratados.

En aquel primer tipo de ciencias de la naturaleza, la actividad teórica propiamente di-

cha se prolonga en unas habilidades de orden tecnológico. En otros tipos no hay tal prolongación, o solo existe en escasa medida. Esta última es la situación de las ciencias de lo humano. En lo fundamental, ellas NO SON UNA TECNOLOGÍA. No constituyen un saber que sirva, en la realidad, para guiar la *praxis* misma de los grupos sociales. No pueden hacer tal cosa, por más que sus cultores quieran proponérselo. Semejante propósito es irrealizable, ya sea porque de sus conocimientos verdaderos no se siguen dichas consecuencias, o bien porque, aunque pudieran seguirse, la generalidad de los seres humanos no son lo bastante racionales como para aceptar que les sirvan de guía efectiva estos saberes. De hecho, los conocimientos y los métodos de las ciencias sociales tienen reducido valor tecnológico [*supra* nota 17]. Y muchísimo menos alguno con vistas a lograr una transformación revolucionaria de las sociedades: el parto del “hombre nuevo”, “desalienado”, etc.

Mi amigo, el Prof. Oscar Fernández, una vez me hizo un comentario (perdonará que lo divulgue) que no puede ser más atinado. Y sobre todo, es muy gráfico. Respecto a lo que puede esperarse de la sociología o de la ciencia política, me dijo, en esa oportunidad, que el conocimiento alcanzado por dichas disciplinas no presenta, al menos en su estado actual, un alcance muy distinto del que tienen, *mutatis mutandis*, los saberes de los sismólogos. Es notorio que estos solo pueden, en todo caso, ofrecer explicaciones *a posteriori*. Nos dirán *ex post facto* por qué llegó a producirse un terremoto, pero no están en condiciones de predecirlo; ni, agregó yo, tendrían cómo provocarlo (supuesto que quisieran tal cosa) o cómo evitarlo.

El saber de los sismólogos, y el de muchas otras disciplinas científicas, o en todo caso el de una parte muy considerable en el seno de cualquiera de ellas, es esencialmente TEORÉTICO, no “práctico”. ¿Vamos a condenarlos por ello? ¿O será, tal vez, que más bien deberíamos fantasear alguna “misión” social también para la sismología, si queremos justificar que exista esta rama del *conocimiento*? Si no jugaran su papel, decisivo, las consideraciones de estatus y las conveniencias económicas de los propios sociólogos, y también las ideologías tecnomorfas tan populares, sería difícil hallar una respuesta a la pregunta de por qué los científicos de lo social no tienen la fran-

¹⁹ Sobre tal “inutilidad”, hecho que es fundamental para nuestra discusión, tendré oportunidad de volver en el artículo siguiente de esta serie.

queza científica de quienes estudian los movimientos de las capas terrestres²⁰.

Si entre los sociólogos se puede tomar como ejemplo, digamos, nada menos que a Max Weber, tal vez el más eminente de todos ellos, debería llamar la atención, de cara a la concepción misionera, el hecho de que difícilmente respecto a los escritos de él pueda mostrarse unos efectos tangibles sobre lo acontecido, de entonces a acá, en la realidad social *misma*. Ahora bien, si lo de Max Weber no es verdaderamente "práctico", y si a Marx, que llegó a serlo (en cierto modo), el tiro le salió por la culata, ¿por qué suponer que la sociología es una disciplina que deba y pueda ser "práctica"? Y sobre todo: ¿cómo hará para serlo de veras? ¿Dónde encontrará semejantes caminos, que siguen inéditos para ella? Sin embargo, los científicos sociales pregonan, o por lo menos insinúan, que podrán enseñarnos a nosotros, los hombres comunes, a transitar por ahí, aunque ni los más destacados representantes de su gremio hayan conseguido jamás, ni remotamente, llevar a la práctica gran cosa; o peor aún, como es el caso de Marx, cuando por excepción tuvieron influencia real importante, esta dio como resultado cualquier cosa menos lo que habían planeado.

¿A qué puede deberse la ceguera de estos profesionales respecto a sus propias limitaciones? La respuesta está al alcance de la mano. Ya lo dijo Freud:

"Nos referimos a la falta de penetración que se revela en los mejores cerebros, a su cerrazón y su impermeabilidad a los mejores argumentos y a su credulidad, exenta de crítica, para las afirmaciones más discutibles", pues "los hombres más inteligentes se conducen de pronto ilógicamente, co-

mo deficientes mentales, en cuanto el conocimiento exigido tropieza en ellos con una resistencia sentimental" (1970: 109 y 110). [Vid. también CMI: nota 12].

No es de extrañar, pues, que los intereses gremiales de los propios científicos sociales, cuando no un ingenuo narcisismo profesional, les impulse a propalar, o en todo caso a no desmentir en público, las mitologías tecnomorfas acerca de la dirección misionera a que estaría consagrada su labor. Los sociólogos, los politólogos, etc. no vacilarán en subrayar los señalados beneficios que habrán de seguirse de la contribución que cada uno de ellos, como "técnico" de lo social, está en condiciones de aportar para el éxito de una empresa colectiva: para cualquiera de ellas en particular y hasta para una colectividad en general (como si esta última —país, nación, etc.— fuera otra cosa que una "construcción" de la imaginación clasificadora vulgar). Por eso, comprometido a asegurar, o poco menos, el cumplimiento de ciertas cosas que en una institución dada se pretende alcanzar —para no hablar del supuesto aporte a fines todavía más elevados: servicio al País, o a la Revolución, a la Humanidad, etc.—, el profesional de las ciencias sociales se ve tentado, por motivo de "eficiencia", a buscar apoyo en lo que puedan ofrecerle, real o supuestamente, unos métodos del tipo positivo-estandarizado.

En síntesis.— Los científicos sociales suelen apoyarse en mitos tecnomorfos para hacerle propaganda a ilusiones con base en las cuales venden sus servicios profesionales. En consonancia con eso alientan, en ellos mismos y en otra gente, imagerías sobre la existencia de unos eficaces Métodos positivos capaces de ser todo lo "prácticos" que dicha visión tecnomorfa promete. Apoyado en ese doble pedestal, el de la fe por principio en aquellos mitos y el de que necesariamente existirán unos métodos "científicos" para complacer al *wishful thinking*, la Misión del científico social sabe todo lo que necesita saber..., ¡para convencer (y convencerse) de tales cosas!(*).

20 Naturalmente, también existen —aunque son minoría— sociólogos a quienes no les falta esa franqueza: cf. Sorokin (*supra* nota 4), Andreski (*supra* nota 7), Berger (1977: cap. I —*La sociología como un pasatiempo individual— y passim*), etc. Asimismo, el mencionado comentario de Fernández, por ejemplo, representa bien dicha actitud. Lo cierto es que, quiérase o no, en una visión realista sobre el alcance de las ciencias sociales nadie podrá llegar a una conclusión muy distinta de aquella de Berger (1977: 42) recogida en el epígrafe del primer artículo de esta serie: Haba 1995b, p. 69.

* En el próximo número de esta Revista se publicará el tercer artículo de esta serie.

OBRAS MENCIONADAS

- Andreski, Stanislaw (1973). *Las ciencias sociales como forma de brujería* (trad. Juan Carlos Curutchet): Madrid, (col. Ensayistas Nº 102), 291 p.; ed. ingl. 1972.
- Bell, Daniel (1984). *Las ciencias sociales desde la segunda Guerra Mundial* (trad. Néstor Míguez): Madrid, Alianza Editorial (col. Alianza Universidad Nº 406), 129 p.; ed. ingl. 1982.
- Berger, Peter L. (1967). *Introducción a la Sociología. Una perspectiva humanística* (trad. Sara Galofre Llanos): México, Limusa, 1977 (4ta. ed., 1ra. reimpresión), 269 p.; ed. ingl. 1963.
- Berger, Peter L. y Luckmann, Thomas (1968). *La construcción social de la realidad* (trad. Silvia Zuleta, revisión técnica Marcos Giménez Zapiola): Buenos Aires, Amorrortu, 1976 (4ta. ed.), 235 p.; ed. ingl. 1966.
- Bourdieu, Pierre/Chamboredon, Jean Claude/Passeron, Jean-Claude (1975), *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos* (trad. Fernando Hugo Azcurra [no muy buena] y José Szabón): Siglo Veintiuno, México, 1985 (8ª ed.), 372 p.; ed. fr. 1973.
- Debray, Régis (1983). *Crítica de la razón política* (trad. [con muchos defectos] Pilar Calvo): Madrid, Cátedra, 402 p.; ed. franc. 1981.
- Elias, Norbert (1982). *Sociología fundamental* (trad. Gustav Muñoz): Barcelona, Gedisa (Serie Mediaciones 8), 216 p.; ed. al. 1970.
- Feyerabend, Paul (1982). *La ciencia en una sociedad libre* (s/tr.): Madrid, Siglo Veintiuno, iv + 261 p.; ed. ingl. 1978.
- Frank, Jerome (1949). *Law and the Modern Mind*: Gloucester (Mass.), Peter Smith, 1970, xxxi + 404 p.; la ed. or. es de 1930 y la presente es copia de una ed. ampliada que se publicó por primera vez en 1949.
- Freud, Sigmund (1970). *El malestar en la cultura y otros ensayos* (trad. Ramón Rey Ardid et al.): Madrid, Alianza Editorial (col. El Libro de Bolsillo 280), 1984 (10ma. ed.), 240 p.; el ensayo "El malestar..." se publicó or. en al. en 1930.
- Haba, Enrique P. (1986). "De la fantasía curricular, y sobre algunas de sus precomprensiones tecnocráticas": en *Revista de Ciencias Jurídicas*, No. 56 (mayo-agosto 1986), pp. 11-48, San José (Costa Rica).
- _____ (1990). "Racionalidad y método para el derecho: ¿es eso posible?: en *Doxa. Cuadernos de Filosofía del Derecho*, Alicante (España), Nos. 7 y 8, pp. 169-247 y 241-270; una versión revisada y ampliada del mismo trabajo se publicó en *Revista de Ciencias Jurídicas*, Nºs. 66 (mayo-agosto 1990) y 67 (setiembre-diciembre 1990), pp. 67-134 y 169-244, San José (Costa Rica), 1991.
- _____ (1993a). "Tres discursos para la Escuela de Ciencias Políticas. De la fantasía curricular (II): La retórica de los 'objetivos' ": en *Revista de Ciencias Sociales*, No. 62 (diciembre 1993), pp. 23-36, San José (C.R.), 1994.
- _____ (1993b). "Kirchmann sabía menos... ¡pero vio mejor! Vigencia de un antiguo diagnóstico, más algunas observaciones (que no son simpáticas) sobre la actual Teoría del Derecho": en *Doxa-14* (1993), pp. 269-317, Universidad de Alicante, 1994.
- _____ (1994a). "Metodologías, métodos, metodologismo. Prolegómenos a una crítica de la concepción 'misionera' en los científicos sociales": en *Revista de Ciencias Sociales*, Nº 64 (junio 1994), pp. 109-119, San José, (C.R.).
- _____ (1994b). "Quimeras en 'perfil'. De la fantasía curricular (III): Un suplemento (con un Apéndice sobre el 'platonismo

- de las reglas'": en *Revista de Ciencias Jurídicas*, N° 79 (setiembre-diciembre 1994), pp. 25-52, San José (C.R.), 1995.
- _____ (1995a). "Magia verbal, realidades y sentido fermental de los, así llamados, 'derechos' económicos": en *Sistema. Revista de Ciencias Sociales* 125 (marzo 1995), pp. 59-74, Madrid.
- _____ (1995b). "Imposibilidades para las ciencias de lo humano. Una ideología profesional: la concepción 'misionera' de la ciencias sociales": en *Revista de Ciencias Sociales*, N° 70 (dic. 1995), pp. 69-81, San José (C.R.).
- _____ (1996). *Metodología (realista) del Derecho*: Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, (libro de próxima publicación).
- Muguerza, Javier (1977). *La razón sin esperanza*: Madrid, Taurus (col. Ensayistas 148), 291 p.
- Platon (1963). *La República* (trad. Antonio Camarero): Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 544 p.
- Sorokin, Pitirim A. (1964). *Achaques y manías de la Sociología moderna y Ciencias afines* (trad. Luis Rodríguez Aranda): Madrid, Aguilar, 459 p.; ed. ingl. 1956.
- Strasser, Carlos (1977). *La razón científica en política y sociología*: Buenos Aires, Amorrortu, 226 p.
- Topitsch, Ernst (1988). *Erkenntnis und Illusion. Grundstrukturen unserer Weltauffassung* (Conocimiento e ilusión. Estructuras básicas de nuestra concepción del mundo): Tübinga, J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), 2da. ed. corregida y ampliada, 314 p.
- Vaz Ferreira, Carlos (1963). "En qué casos es adecuado y en qué casos es inadecuado el empleo de los tests": en Carlos Vaz Ferreira, *Algunas conferencias sobre temas científicos, artísticos y sociales 1ª Serie*, pp. 15-67, Homenaje de la Cámara de Representantes del Uruguay, Montevideo, 1963.

Enrique Pedro Haba Müller
Apdo. Postal 598-2050
San Pedro de Montes de Oca
San José, Costa Rica